

GREGORIO MARAÑÓN, MEDICO E HISTORIADOR*

Dr. Plutarco Naranjo

Academia Ecuatoriana de Medicina, Quito.

¿Qué era España y su medicina antes de Gregorio Marañón?. Sin hipérbole, don Gregorio y su generación marcan un momento histórico de innovación, de apertura, de europeización.

Hasta la segunda mitad del siglo XIX España dormía aún el sueño doctrinal de una medicina de "sistemas". En el resto de Europa hacía tiempo que tal ideología había quedado atrás. Parecía que los Pirineos no sólo eran una barrera geográfica sino también espiritual.

España, en el campo médico, vivía si no siglos por lo menos décadas de retraso en relación al resto de Europa. Era una España enclaustrada entre los Pirineos y el mar. Una España que había perdido la noción del presente y no avizoraba el futuro.

En la segunda mitad del siglo surge la que ha sido llamada **La generación de sabios** que, mirando por encima de los Pirineos, encuentra un mundo cambiado, una ciencia positivista y

una medicina revolucionaria, opuesta a los «sistemas» y que se sustenta, al decir del propio Marañón, sobre tres bases objetivas: semiología, etiología y patología, es decir, sobre el conocimiento e interpretación más exactos de los síntomas y signos, determinación de las causas, en especial de las enfermedades infecciosas y por fin conocimientos de las alteraciones anatomopatológicas.

La generación de los sabios, cuyo representante mayor es Santiago Ramón y Cajal, inició el proceso de liberación ideológica, al tiempo que España avanzaba en la llamada etapa de la Restauración.

Con Santiago Ramón y Cajal, España comienza a sacudirse del ominoso estancamiento científico y espiritual.

Cajal abre las puertas de España para que entre el aire vivificador de los nuevos conocimientos, pero gracias a su genio, su esfuerzo y tenacidad, Es-

(*) Discurso pronunciado en representación de las Academias de Medicina e Historia, del Ecuador, en el acto de homenaje en el Instituto de Cultura Hispánica, con motivo del centenario del nacimiento del eximio español.

paña, desde entonces, no sólo que recibe sino que da. El propio Cajal es capaz de ir con sus descubrimientos, doctrinas y sapiencia a impartir enseñanzas en las más prestigiosas universidades europeas.

Ramón y Cajal, una de las mentes más lúcidas que une el siglo XIX al XX, abogó por lo que llamó la «regeneración científica de España», concebida en términos de: contratación de científicos e investigadores extranjeros, envío de jóvenes estudiantes y profesionales a los centros más importantes de Europa; creación de grandes «colegios», similares a los ingleses, fundación de algo semejante al *Colegio de Francia*; creación de premios para la investigación, etc.

En enero de 1907, siguiendo la orientación propuesta por Ramón y Cajal, fue creada la *Junta para la enseñanza* y entre los becarios figuran algunos médicos que a su regreso fueron gestores de la nueva ciencia española. Por la misma época comenzaron a fundarse varios institutos de investigación, entre los cuales hay que mencionar el Instituto de Patología Médica, dirigido por el joven y ya prestigioso científico, el Dr. Marañón. En dicho instituto realizará muchas de sus importantes investigaciones.

A pesar de las vicisitudes por las que España atravesó durante varias décadas, en el presente siglo, ha producido una impresionante pléyade de científicos, filósofos, humanistas, escritores y artistas.

En el campo médico, a más de Negrín, Río Hortega, Jiménez de Azúa,

Fernández de Castro, Jiménez Díaz, Pedro Ponce, Pi-Sunyer habría que mencionar a muchos otros grandes valores. Entre ellos se destacan a lo largo de tres generaciones: Ramón y Cajal como el más sabio de los sabios; Pío Baroja, como el más literato de los médicos, Marañón como el médico de pensamiento más universal a tal punto que las cinco academias de España se honraron con nombrarle su miembro de número y Pedro Laín Entralgo, como el más historiador de los médicos.

Marañón, el Médico

De la fecunda y polifacética labor de Marañón, me referiré, en forma muy breve, a la del médico investigador y a la de historiador.

Laín Entralgo, con certero criterio distingue en Marañón médico, cinco aspectos sobresalientes: el clínico, el patológico, el biológico, el sanador o terapeuta y el maestro. De ellos, añadiría, por mi parte, las dos vocaciones mayores, fueron la clínica y el magisterio.

Marañón comenzó desde laboratorio de biología y patología para irse proyectando, cada vez más, hacia el campo de la clínica y la terapéutica. Esas circunstancias hicieron de él el famoso clínico y el gran científico.

Antes de salir al exilio, en 1936, Marañón era ya el médico y el clínico de más alto prestigio. Hablar de clínica, en España de esa época era, por antonomasia hablar de Gregorio Marañón. Reyes y plebeyos, potentados y humildes, todos pugnaban por llegar hasta él.

Ya en su libro «La Edad Crítica», publicado más de una década antes, se había revelado como el clínico más penetrante, observador agudo y minucioso no sólo de síntomas y signos sino especialmente del enfermo, en toda su integridad sicobiológica.

Aunque internista completo y sagaz, el campo de su elección fue la naciente ciencia de la endocrinología. Entre los centenares de sus publicaciones científicas, figuran muy tempranamente las relacionadas con sus investigaciones de laboratorio primero y clínicas más tarde, sobre la tiroides, las suprarrenales y otras glándulas.

Marañón nació y creció con la endocrinología. Del ensayo del laboratorio pasó a la clínica, pero dondequiera que se ubicó supo realizar investigación original. Dio forma a la nueva e incipiente disciplina, la endocrinología clínica y se convirtió en el fundador y adalid de dicha rama de la medicina. La dignificó, la elevó hasta los altares de la ciencia.

Al igual que Cajal, Marañón tiene el indiscutible mérito de haber proyectado la ciencia de España hacia afuera. Haber sido el abanderado de la transformación de España, de esa que mantenía las puertas cerradas, en una España capaz de ofrecer al mundo ciencia y conocimiento.

Son pocos los que, como él, han merecido el honor de ser designados profesor *honoris causa* de la universidad de París.

Los siete años de exilio en París fueron, cuando dolorosos y nostálgicos fecundos y creativos. Fueron siete años de estudio, recogimiento y meditación. Años de madurez científica. Aquello más su genio clínico, su extraordinaria sapiencia, su rica experiencia se convirtieron en una de sus obras médicas fundamentales: **MANUAL DE DIAGNOSTICO ETIOLOGICO**. Se trata de una de esas obras que, en la actualidad, resulta imposible que las realice un solo autor. Es una verdadera enciclopedia de diagnóstico clínico y etiológico.

Luego vendrán otros libros, escritos y editados en París, en lengua francesa. Entre ellos: Introducción al estudio de la Endocrinología y Patología de la Hipófisis.

Es impresionante el número y la calidad científica de las obras médicas publicadas por Marañón. Parecería que todo su tiempo debió estar dedicado, exclusivamente a esta actividad. Pero no; ésta era sólo una pequeña parte de la fecundidad de su pluma, de sus estudios e investigaciones y su amplísima labor creadora.

Entre otras obras y escritos médicos hay que mencionar por lo menos las siguientes: La Herencia en Endocrinología, las Secreciones Internas, Enfermedades de las glándulas de Secreción Interna, Gordos y Flacos, Tres ensayos sobre la vida sexual, Amor. Conveniencia y Eugenesia, La Evolución de la Sexualidad, Crítica de la Medicina Dogmática, Diecisiete lecciones sobre el reumatismo, El crecimiento y sus trastornos y la Medicina y nuestro tiempo.

Marañón, el historiador

Pero ni la medicina con toda su amplitud y profundidad, ni la endocrinología y sexología, con su novedad, satisficieron por completo las inquietudes intelectuales de Marañón. Un día se fue por los caminos de la historia, de la interpretación médica y psicológica de ciertos acontecimientos y en especial de ciertos personajes históricos y desde entonces quedó enamorado de la historiografía. Los años de exilio fueron fructíferos también para la investigación histórica que se plasmó en una de sus obras más extensas y profundas, la titulaba «Antonio Pérez y su época».

Sus obras de carácter histórico son tantas o más que las de carácter médico. Entre ellas se pueden mencionar: Ensayo Biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo, El Conde Duque de Olivares, Ideas Biológicas del Padre Feijoó, Cajal: su tiempo y el nuestro; Raíz y decoro de España; Tiberio: historia de un resentimiento, Las Galeas en Tiempo de Felipe II; Crónica y gesto de la libertad; Tiempo viejo y tiempo nuevo; Discursos de Lima; Elogio y nostalgia de Toledo; Vida e historia; Luis Vives; Españoles fuera de España; Los procesos de Castilla sobre Antonio Pérez; El marqués de Valdecilla; Evolución y gloria de Feijoó; Efemérides y comentarios; El Greco y Toledo; La humanidad de Casal y Los tres Vélez.

Los entusiasmos iniciales de don Gregorio estuvieron enrumbrados hacia la neurología, la sicología y la siquiatria. Diversas razones y particularmente las facilidades que tuvo para entrar en el campo de la investigación patológica, le llevaron hacia la patología y la clínica, por un lado y hacia la endocrinología y la sexología por otro. Sin embargo sus amores iniciales perduraron a lo largo de su vida y se plasmaron, como en los dos campos ya mencionados, en ensayos y obras como: Amiel, Psicología del gesto; un estudio sobre la timidez; Don Juan, ensayo sobre el origen de su leyenda; Psicología del vestido y del adorno; Juventud, Modernidad, Eternidad; Vocación y Etica; El Deber de las Edades y otros.

Decía Marañón: «Al lado de la vocación religiosa, se encuentran la del artista, la del sabio y la del maestro. La vocación impulsa al hombre, por encima de toda otra elección, a crear la belleza si es artista; a buscar la verdad, si es hombre de ciencia o a enseñar a otros, si es maestro de verdad». Si a estas vocaciones agregaría, por mi cuenta, la del humanista que armoniza el pensamiento, la cultura y la justicia y pugna por un mejor destino del hombre, diría que en Marañón convergieron armónicamente las cuatro vocaciones: la del médico sabio, la del maestro, completo y cabal como él mismo exigía, la del artista de la palabra y la del humanista inmortal.